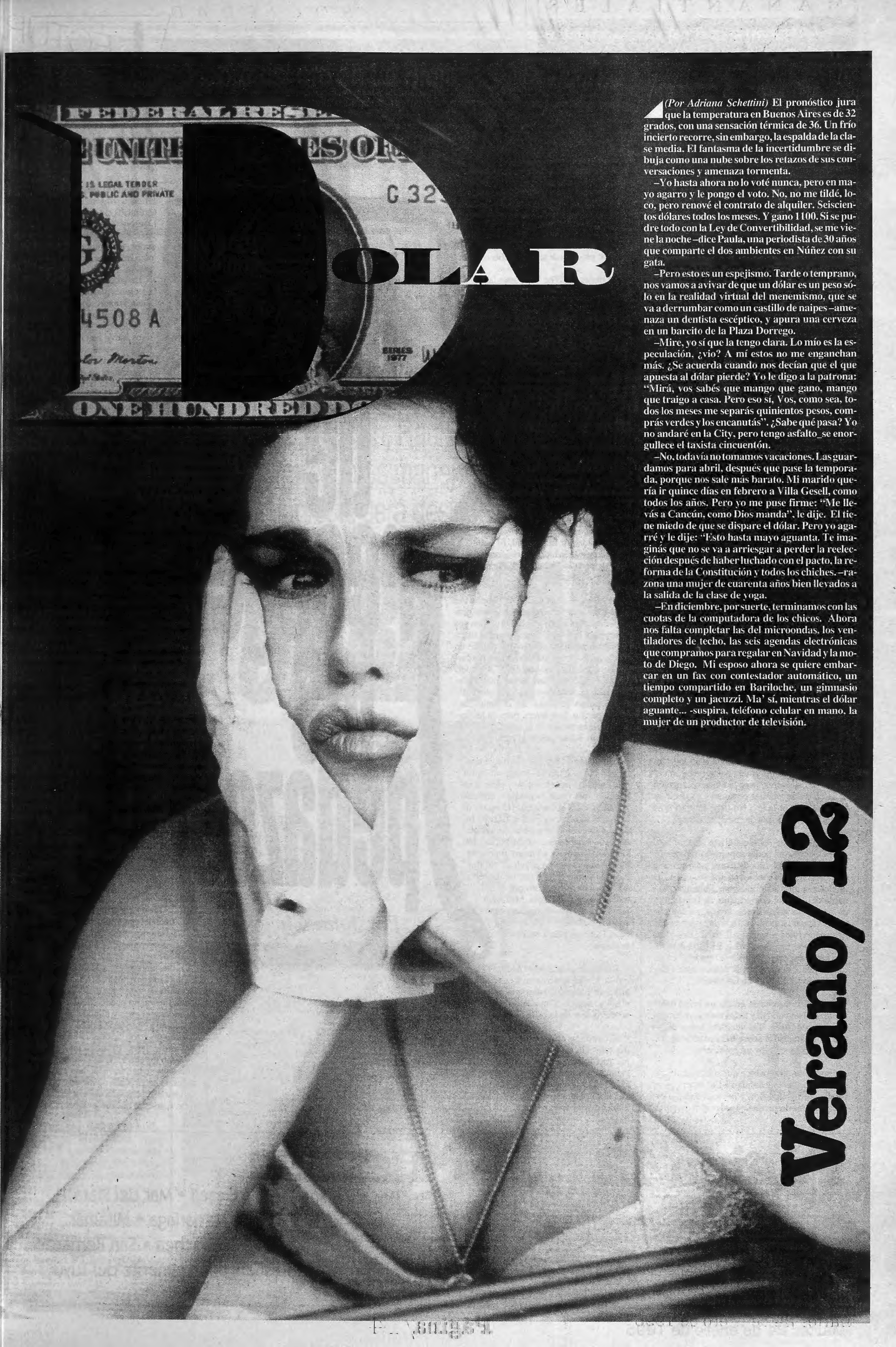


DOLAR

(Por Adriana Schettini) El pronóstico jura que la temperatura en Buenos Aires es de 32 grados, con una sensación térmica de 36. Un frío incierto recorre, sin embargo, la espalda de la clase media. El fantasma de la incertidumbre se dibuja como una nube sobre los retazos de sus conversaciones y amenaza tormenta.

–Yo hasta ahora no lo voté nunca, pero en mayo agarro y le pongo el voto. No, no me tildé, loco, pero renové el contrato de alquiler. Seiscientos dólares todos los meses. Y gano 1100. Si se pudre todo con la Ley de Convertibilidad, se me viene la noche –dice Paula, una periodista de 30 años que comparte el dos ambientes en Núñez con su gata.

–Pero esto es un espejismo. Tarde o temprano, nos vamos a avivar de que un dólar es un peso sólo en la realidad virtual del menemismo, que se va a derrumbar como un castillo de naipes –amenaza un dentista escéptico, y apura una cerveza en un barcito de la Plaza Dorrego.

–Mire, yo sí que la tengo clara. Lo mío es la especulación, ¿vio? A mí estos no me enganchan más. ¿Se acuerda cuando nos decían que el que apuesta al dólar pierde? Yo le digo a la patrona: "Mirá, vos sabés que mango que gano, mango que traigo a casa. Pero eso sí, Vos, como sea, todos los meses me separás quinientos pesos, comprás verdes y los encanutás". ¿Sabe qué pasa? Yo no andaré en la City, pero tengo asfalto_se enorgullece el taxista cincuentón.

–No, todavía no tomamos vacaciones. Las guardamos para abril, después que pase la temporada, porque nos sale más barato. Mi marido quería ir quince días en febrero a Villa Gesell, como todos los años. Pero yo me puse firme: "Me llevás a Cancún, como Dios manda", le dije. El tiene miedo de que se dispare el dólar. Pero yo agarré y le dije: "Esto hasta mayo aguanta. Te imaginás que no se va a arriesgar a perder la reelección después de haber luchado con el pacto, la reforma de la Constitución y todos los chiches. –razona una mujer de cuarenta años bien llevados a la salida de la clase de yoga.

–En diciembre, por suerte, terminamos con las cuotas de la computadora de los chicos. Ahora nos falta completar las del microondas, los ventiladores de techo, las seis agendas electrónicas que compramos para regalar en Navidad y la moto de Diego. Mi esposo ahora se quiere embarcar en un fax con contestador automático, un tiempo compartido en Bariloche, un gimnasio completo y un jacuzzi. Ma' sí, mientras el dólar aguante... -suspira, teléfono celular en mano, la mujer de un productor de televisión.

Verano/12

blues de recoger los pedazos

Por John Cheever

El martes voy al psiquiatra, un joven cordial, pero me parece que sólo dice tópicos freudianos. Yo pienso que mis problemas me llevan al alcohol. El sostiene que invento problemas para justificar el alcoholismo. He pasado la mayor parte de la mañana de ayer releyendo el diario del año pasado, con la idea de entregárselo como confesión definitiva. A. prometió enviarme un ejército de postales. Hasta el momento no ha llegado ni una. No puedo enmarcar esta amistad en un pestilente crepúsculo veneciano y llegar a la conclusión, mientras él se aleja, de que he descubierto en qué etapa de la vida estoy. El único mensaje aceptable que deduzco de aquí es que nuestra relación ilumina su inoportuna juventud. Mientras paseo por el bosque, me asalta el deseo de verlo; a él, a otro como él. En fin, soy lujurioso. La bebida y las siestas lo acentúan. Caen los pétalos del cornejo y las flores del árbol de los tulipanes. Altamente sexual.

A. me envía un disco (Walton-Sitwell) y una nota. "Por si te sirve de algo, a pesar de mi torpeza y mis vacilaciones, te quiero." Me resulta muy penoso y difícil contestar que lo amo y deseo, pero una vez hecha la confesión, me siento mucho más sereno. Lo quiero mucho, al menos esta mañana. Lo quiero mucho y lo digo con alegría.

Un asilo; no está mal, pero tampoco bien. El director habla tres veces: un hombre excepcional. Durante el desayuno se me pide que no me siente a determinada mesa. Aquí no revoloteamos de un lugar a otro, dice una cuarentona autoritaria y algo gorda. Lleva el pelo pulcramente peinado, collar de perlas y unos zapatos que parecen zapatillas de ballet masculinas. Representa al club, grupúsculo que sobrevive limitando el número de miembros. Si existiese un grupo así en una compañía de fusileros, no me sorprendería encontrarlo en un lugar como éste.

Trato de hacerme un espacio para trabajar. No quiero el escudo de armas y la noche de los gatos. Al parecer no puedo aprovechar mi conocimiento de la soledad y el encierro. Puedo hacerme el espabilado, dejando a un lado todo lo que me comprometa hasta llegar al depósito de cadáveres, pero la única percepción es la clarividencia del personaje; es decir su total desdén por la ley. No tiene sentido irme de aquí hasta que pueda trabajar otra vez.

La reforma de los alcohólicos. Estaré aquí un mes, confío en poder soportarlo. Comemos carne, arroz y gelatina de frutas y asistimos a una conferencia. Una joven simpática nos da una charla muy sencilla sobre actitudes, pero habla del alcohol como fuente de fobias. Pude seguir sus argumentos. Nos aguardan tres horas vacuas. Las magníficas mansiones que han sobrevivido a su utilidad, sus dueños y sus ingresos son inencontrables. El baño está revestido de espejos: ¿a quién le importa? El salón es vasto, querubines de estuco tienen flores y racimos de fruta en las manos.

Durante la terapia de grupo, un joven habla sobre su bisexualidad y todos menos yo lo acusan de embustero. Tal vez debí haber dicho que si las angustias sobre la bisexualidad son mentira, entonces soy un embustero.

Quinto día. Me parece que mi alcoholismo es de importancia secundaria. Entonces veo un programa de televisión y la banalidad del espectáculo me despierta una sed mayor que cualquier otro hecho hasta el presente. El director, un hombre que suscita vibraciones complejas en mí, dice que una persona sana puede ajustarse a las normas sociales aceptables. La banalidad de un programa de la tele, que por cierto es aceptable, me produce deseos de beber.

La mujer de "The Visit" (no la señora Loomis) preguntaría refiriéndose a los presentes en la sala: "¿Es posible llevarse bien con esta gente?". Sexto día. Tengo el estómago revuelto.

A las tres de la mañana mi estómago se asentó y me siento mucho mejor. Mary me dice por teléfono que si no me gusta este lugar ha descubierto otro, maravilloso, en Connecticut, a dos horas y media de Nueva York. Recibimos a un nuevo huésped. No ha pasado por desintoxicación, lo cual es contrario a las reglas del juego. No trae equipaje, sólo un par de zapatillas de baño. Parece un perdedor arquetípico, un muerto en vida. Son casi las dos y media y me siento intranquilo. Parece que mi intuición sobre el encierro ha sido superada por la realidad. El equilibrio aquí estaba bien –a veces era agradable–, pero la llegada del vagabundo parece haberlo trastornado.

Las cinco y cuarto. En casa bebería una copa. Desde la ventana veo pasar a la gente por la calle. Estoy confinado. Ellos son libres para ir y venir, pero usan esa libertad con tanta indiferencia que parece un derroche. La mayoría lleva algo: un cartón de cigarrillos en una bolsa de papel; comida suficiente para cenar una persona; una correa en cuyo extremo un perdiguero pardo olisquea las alcantarillas. Lindo perrito. Son libres, pero en las calles no reina un aire de libertad. Yo estoy encerrado. Mi situación al menos es clara.

Alrededor de las dos sufro una crisis en que me pregunto si existe un equilibrio entre la fuerza curativa y el nivel intelectual. Estoy tan intranquilo que casi me caigo por las escaleras. Después de la conferencia recupero el equilibrio, me baño y duermo bien a pesar de tres ataques de temblores. Al despertar, me siento rodeado por un muro impenetrable de indisposición nerviosa. Sé que hay una salida –una frase, un recuerdo, una anécdota–, pero por el momento no puedo hallarla. Me sudan las manos. Mis pensamientos son confusos. Un trago me sentaría bien. Debo esperar a encontrar la salida.

Ruidos de un atardecer neoyorquino. Un barítono ensaya escalas y canta un aria... en italiano, lo digo por el sentimiento y el sol sostenido. Campanas de iglesia. El único perro de toda la calle no cesa de ladrar.

El domingo, al despertar, comprendí que podía salir a la calle a las diez para ser recibido por una joven de rostro voluble y luminoso, con unos zapatones que se llevaban el año pasado y que después de besarla y recibir su beso me preguntará si se le ve la combinación. Sabiendo que todo eso será mío en dos horas, me pregunto si tendré valor para salir del encierro y recuperar mi libertad natural. Todo esto es para *Falconer*. Lo escribo mal. En pie junto a la ventana, con las palmas empapadas de sudor, me pregunto si tendré valor para franquear esta puerta cuando la abran.

La psicóloga encuentra contradicciones alarmantes en mi perfil y cuando expreso algunos hechos claros y sencillos se me ríe en la cara con desdén. "Está loco", dice. Varios me lo han dicho antes, incluso un extraño en el avión procedente de Chicago. Es una locura placentera y rentable. Duermo mal, tengo largos sueños narrativos en blanco, negro y gris. Me parece que he dejado el original en Boston y entonces me doy cuenta de que no recuerdo el viaje de Boston a Ossining ni mi ingreso en el hospital. Es una laguna. Debo de haber estado muy borracho y desquiciado. No recuerdo nada del hospital: ni una enfermera, ni un plato. Se veía el Hudson, que por allí es bastante aburrido; la camisa roja del médico; la visita de mi esposa y mis hijos. Pero lo recuerdo sin legítima claridad. Freddy el asesino se había habituado al encierro y no estaba preparado para otra cosa. Qué dulce le parecían la celda, la inconstante taza del retrete, las fotos en color de unos hijos perdidos hace mucho tiempo y que no contestaban a sus cartas ni acudían a las citas en la joyería Klein ni en la sección de ropa masculina de Macy's. La noche de los gatos. J. me cuenta que reduce las pastillas de Pepto-Bismol con una lima hasta que adquieren el tamaño del Antabuse. Dejó el whisky durante seis meses, pero su esposa nunca estaba en casa. El, sobrio y sin satisfacción alguna, hacía la compra, preparaba la cena, se ocupaba de los niños. "Tu vida es el whisky –le dijo ella–. Déjame vivir la mía." "Pero hace seis meses que no bebo", dijo él. Dio un sorbo a un cóctel de ginebra a los tres días y medio de tomar un Annabus y vomitó sobre el escritorio del director. Era un buen tipo, con una risa breve y ronca; un compañero agradable para una noche de alcohol.

Me despierto alrededor de las dos, después del sueño más profundo y sereno que he tenido en más de un año. Creo que puedo trabajar aquí o en un lugar parecido, pero dudo de que pueda hacerlo en la casa junto al arroyo. Volver al pequeño cuarto de paredes amarillas podría significar la vuelta de todos mis malos hábitos. ¿No tengo la fuerza, no puedo encontrar la fuerza para superar el peso y el poder del ambiente?

Llamo a Mary al atardecer. El banco ha cometido un error, nos cobra un descubierto de dos mil dólares. Es culpa mía. Boston no ha enviado los extractos de la cuenta y los demás extractos se han traspapelado entre mis originales, la perra acaba de meterse de un salto en un charco embarrado, etc. Está de muy mal humor. Esto es lo que me hace beber. Me da mie-

ocos sospechaban que bajo la nable superficie de los cuentos quien había sido calificado mo "el Chejov de los suburbios rteamericanos" aleteaban las mbras de un hombre esesperado. Durante buena arte de su vida, John Cheever 912-1982) escribió ormentado por la bisexualidad, alcohol y el odio a todo lo que rodeaba sin que estos ntomas fueran demasiado identes en sus ficciones o ncluso– para los que mejor eían conocerlo. Varias ografías posmortem y, specialmente, sus *Diarios* mecé) –de los que aquí se produce un fragmento orrespondiente a 1975– sacaron dos los esqueletos de los marios para mostrarlos con la isma maestría de siempre umada, ahora, a la idea de estar scribiendo sobre la propia storia, sin atenuantes metáforas.

volver.

Al anochecer, veo una banda que se concen- en la esquina de Madison Avenue. Se pa- ne an imitando a la perfección a los adultos. o Giovanni. El rey Joe. A una señal, todos len corriendo. Más tarde una luz abrasado- surca el cielo y se escucha un trueno. ("Me usta", dice J. durante el desayuno. Creo que mi me agrada.) Pero me parece que el cuar- está mal ventilado y no puedo dormir. Es- y alarmado: mis pensamientos son confusos. ojo un cuchillo de la cocina para pelar una anzana. Vuelvo a ver a la banda. Podrían ser ntomas de abstinencia.

Al otro lado del patio, la mujer pone un pla- de plástico con comida para el cocker spa- el y otro para el terrier. Está en camisón y arece que tiene resaca. Nunca la he visto to- lmente vestida, ni con cara de otra cosa que haber bebido o tener ganas de beber. Me arece oír un coro. En estos patios traseros ca- no se oye música. Desconozco totalmente la úsica, pero debido a la escala ascendente y elodramática de los bemoles, llego a la eru- ta conclusión de que es Puccini. Antes yo en- naba a la perfección, pero fue hace mucho. na disonancia me hace pensar que se trata de erg o Schönberg. Hasta que la soprano ataca una nota altísima y la sostiene durante un lapso increíble, y entonces me doy cuenta de que son ruidos del tráfico y una sirena de la policía amplificada por la llovizna.

Leo el libro de Berryman sobre los centros de rehabilitación. Esta mañana, al despertar, la sensación de extrañeza es muy fuerte. Estoy nervioso; veo mal; canto canciones de la Universidad de Dartmouth que no oigo desde hace cuarenta años. Soy una esponja para la cerveza / Me gusta el whisky puro / Si tuviera un hijo, ¿sabes lo que haría? / Gritaría al diablo Harvard, como hacía tu padre.

Los *blues* de recoger los pedazos. Estoy triste todo el tiempo. Los *blues* de recoger los pedazos, no puedo ordenar los pedazos. Los *blues* de recoger los pedazos, pero el rompecabezas no es mío.

Ayer me soltaron de la clínica de rehabilitación para alcohólicos. Pasar de la borrachera total a la sobriedad total es un cambio violento y desgarrador. Este momento, esta hora, es la suma del pasado no inmutable y la necesidad de futuro. No sé dónde empezó, tal vez pueda revivir este año dieciocho veces sin dominarlo. Diría que comenzó con la pantomima del otro lado del río y sigue esta mañana con un saludo seco, un vaso de zumo de naranja y un poco de café frío. En la casa, que contiene a dos personas, reina el silencio. Parece que mi salvación se encuentra sobre todo en la risa. La risa y el trabajo. El alcohol cumplía una función incalculable. Creo que he perdido algunos originales. Aseguro que sólo me preocupa la posibilidad de que caigan en manos ajenas. No puedo asimilar la vergüenza de haber perdido las amarras a causa del alcohol. Esta mañana me parece que he perdido diez kilos y veinticinco años. Una cosa es la vieja pereza que justificaba con la edad. Si quieres quitaré los postigos, pero mañana. Como. Tomo diecisiete tazas de café negro. Ya que digo que esto es un medio de comunicación, debo demostrarlo. ¿Qué tengo? El escudo, el alcohol; pero al cabo de un siglo, negro como el basalto en bruto, el ónice, la antracita. La representación de la libertad y la justicia. La noche de los gatos. La visita, todavía incomprensible. Pienso en el O'Hara cuarentón que dejó esa mierda y pudo seguir trabajando. Ha sido prácticamente el único.

He sufrido un cambio violento, pero nada más parece haber cambiado. En busca del beso de buenas noches, la única piel que encuentro es la de un codo. Los perros nos despiertan antes del amanecer y cuando pregunto qué puedo hacer recibo una respuesta destemplada. Ultimamente no disfruta cuando se acuesta conmigo. Soy el rey de la montaña, pero parece que nadie lo sabe. Puedes escribir sobre la partida de los invitados.

Día núm. 2. todavía estoy muy nervioso, pero me parece que no tomaré Valium. Trataré de escribir sobre la libertad. Hay tres ocasiones de peligro. Una es la euforia de trabajar a tope: otra es la euforia del alcohol, cuando creo caminar entre las estrellas; y otra la euforia de la sobriedad total, cuando creo dominar el tiempo. El puente de lenguaje, metáforas, anécdotas e imaginación que construyo todas las mañanas para cruzar las incongruencias de mi vida parece, en verdad, muy frágil.

Séptimo día fuera de la cárcel. A las once se cumple la semana. Anoche no hubo reunión, pero creo que esta noche la necesitaré. Trabajo, bocadillos. A las dos y media llega mi hermano a verificar mi sobriedad. Nos mostramos torpes a la hora de rememorar los problemas de la edad. Resulta que lo operaron de próstata y casi lo mata un coágulo. Mea diez veces cada noche. Mis aparatos digestivo y urinario están destrozados por la comida del centro de rehabilitación y me duele el ojete. El tiempo, un invitado inesperado, se sienta a la mesa con nosotros. Mi hermano va a Nueva york, ve la estación Grand Central, se asusta, vuelve a casa. La maldición fóbica de la familia: todos teníamos miedo de las alturas, las multitudes, los truenos, la riqueza y la fama. No, gracias. Llega mi hija. Parece alegre. Leo la biografía de Carson. En la duermevela, vislumbro mi iridiscencia, mis estratificaciones eróticas. En lo más profundo, apenas por debajo del subconsciente, abrazo a Z. Tal vez sea la comprensión de la muerte por el amor a la muerte. En un estrato próximo a la conciencia, abrazo a Y en la mesa de desarme donde mis naturalezas social y erótica firman una tregua honrosa. Despierto, abrazo a X. Desde el peldaño más alto de la escalera, al sol, exclama: "*Ben tornato, caro, carissimo*". Bosquejaré dos cartas antes de ponerme a trabajar.

Echo de menos las llamadas telefónicas de mi Gran Hermano y me pregunto si está borracho. Llega a tiempo y vamos a la reunión de A. A., que se celebra en una iglesia episcopal detrás del cementerio canino de Hartsdale, frente a un centro de implantes capilares. "California Sur", dice mi acompañante. La iglesia, con sus paredes de grandes bloques unidos con cemento, pretendía ser trinitaria y acabó por parecer una gruta napolitana. "Todo menos la Virgen María", dice mi acompañante. Así acaba otra reunión de escasa trascendencia.

El señor Cheever dice que sabe lo que es el encierro gracias a los dos años que pasó enseñando en Sing Sing; al hecho de ser escritor, que lo obliga a permanecer encerrado en un cuarto pequeño con una máquina de escribir y a haber pasado varios meses en clínicas de rehabilitación para alcohólicos crónicos.

Duodécimo día de libertad, dejaré de contar.

Se reproduce aquí por gentileza de Emecé Editores

VIÑUELA

Resumen: *El narrador, Pirovano, ex arquero que usa un guante izquierdo de guardavalla para ocultar un terminal electrónico, lleva una doble vida de extrañas aventuras. En la cúpula secreta de su edificio se convierte en Catcher, integrante de Magia, y establece contacto con Subjuntivo, su secreto mentor. Pero irrumpe Etchenique y decide contárselo todo.*

LA LUCHA CONTINUA



Por Juan Sasturain

16 BIOGRAFIA DEL CARIBE

El veterano se instaló como para escuchar un relato largo y entretenido; como un chico que consigue, después de insistir, que le cuenten un cuento.

–Espere, debo arreglar algo antes –le dije volviéndome hacia la máquina–. Hay que interrumpir el proceso que desencadenó usted, intruso. Si no lo paro, la máquina y la cúpula se autodestruirán en menos de diez minutos.

–¿Y eso es mucha pérdida? –se burló el veterano.

–Sobre todo de vidas humanas: todos los que estemos acá adentro. Ante la presencia de un extraño, el mecanismo lo primero que hace es cerrar herméticamente la cúpula. No podríamos salir aunque quisiéramos.

La noticia no pareció impresionarle:

–Como sánguches bajo la campana de vidrio sobre el mostrador de un bar.

–Eso es –dijo mientras comenzaba a operar las botoneras–. Más precisamente como dos moscas que fueron a comer jamón y quedaron atrapadas bajo el vidrio... Espero salvarlo rápido.

Pero me costó convencer a la máquina. Se le notaba que dudaba de mí, de mis explicaciones, cuestionaba la decisión de destrabar el proceso sin garantías ni seguridades... Finalmente apelé a Subjuntivo y conseguí lo mínimo: que no se interrumpiera el contacto.

Con un chasquido, la máquina –y todo el ámbito de la cúpula– volvieron al instante en que se había interrumpido el flujo. Las pantallas se iluminaron ahora de una gama del gris acero al violeta, mientras anochecía sobre nuestras cabezas y volvían las estrellas. Puse a Subjuntivo en la congeladora informática y recién entonces me volví hacia Etchenique.

Estaba con la nuca quebrada hacia arriba, semihorizontal en la silla anatómica.

–Este es un cielo de mentira –dijo sin cambiar de posición–. Una bóveda celeste trucha que combina estrellas del Norte y del Sur, una antología de lo más vistoso del cielo.

–Algo así.

–¿Y la máquina? Parece un oráculo electrónico...

–Algo así –repetí; pero me arrepentí de ser tan evasivo–: digamos que es una especie de preguntador automático, ¿se entiende?

Eso pareció gustarle:

–No se entiende, pero me gusta imaginármelo.

–Claro que para que pregunte hay que cargarla primero. Eso era lo que estaba haciendo cuando me interrumpió usted.

Etchenique se volvió, casi divertido: –Yo funciono igual, pero de preguntador sistemático. Pero para eso tiene que cargarme toda la información. Le recuerdo que me debe la historia: ¿cómo, cuándo y dónde fue el famoso "Goalkeeper Day"?

Giré mi asiento, me deslicé sobre las rueditas y me instalé frente a él:

–Y es cierto que fue un día famoso –y extendiendo las palmas hacia adelante atajé cualquier interrupción o referencia que me distrajera–: el nombre, el título, no se lo puse yo sino los periódicos colombianos del lunes 23 de octubre de 1984.

–Hace diez años.

–Acaban de cumplirse. Ese día. Los diarios de Bogotá, Cali, Medellín se repartieron los titulares entre los que yo había hecho el domingo a la tarde y lo que me habían hecho a mí a la noche: "Gloria y tragedia de Pirovano", "Sol y sombra del 'Che' Pirovano", "Pirovano en un día histórico" y así todos. Pero *The Barranquilla Herald* tituló: "The Goalkeeper Day", e hizo la crónica mejor, menos cómplice o temerosa de lo que había pasado. Tal vez porque tenían menos interés en juego y menos que perder.

Recién entonces Etchenique me interrumpió:

–¿Qué había hecho a la tarde?

–Lo que hice siempre: atajar. Yo jugaba en el Unión Barranquilla desde hacía dos temporadas. Un equipo chico y sin pretensiones, de media tabla para abajo. Antes había estado en el América de Cali, cuando me trajeron del Español de Barcelona, en el ochenta; pero no anduve bien y me vendieron. Lo notable fue que en ese año el Unión de Barranquilla hizo una campaña excepcional y yo nunca atajé mejor. Bilardo me incluyó en alguna preselección para México '86, aunque no llegué a jugar las eliminatorias. Así fue como con el Unión llegamos a jugar la liguilla por un lugar en la Copa Libertadores. El partido era contra el Deportivo Medellín y mientras que a Unión le bastaba con un punto, ellos debían ganar por tres a cero para superarnos a nosotros y a un tercero, creo que Millonarios. Aunque ellos eran mejor equipo, esa mañana nos "tocaron" a varios para que fuéramos a menos. Dijimos que no. Varios dijimos que no. Pero la mayoría agarró viaje. El partido fue increíble.

A los tres minutos me hacen un gol en contra alevoso y a los quince les dan un penal y me fusilan: dos a cero y quedaba una hora y cuarto... A partir de ese momento nunca más pudieron conmigo. A ellos sólo les faltaba un gol y nosotros no teníamos ninguna posibilidad, pero pese a todo y a todos, atajé cualquier cosa que me tiraron: arriba, abajo, otro penal, diez mano a mano... Jugamos cien minutos. Cuando terminó, los hinchas, que se habían dado cuenta, me llevaron en andas; los demás me dejaron solo.

–¿Qué le hicieron a la noche?

–Esperaron que se fuera el último periodista del vestuario; ya mis compañeros se habían ido, y tres tipos con metralletas me sacaron del estadio ante la policía y cien testigos. Yo gritaba pero me dieron un culatazo en la sien y me metieron en un cuatro por cuatro. Me desperté en una choza, en medio de la selva. Un gordo de bigotazos me retenía esta mano sobre una piedra mientras otro me pisaba el cuello. "Por fin te despertaste, cabrón. A ver si te atajás ésta". Levantó un adoquín con las dos manos y me reventó los dedos contra la piedra.

Sentí cómo se hacían mierda los huesitos.

Mañana: **17. Tu vida y tu elemento.**

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

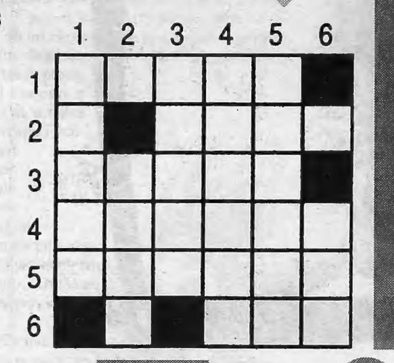
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Llana.
2. Cola.
3. Torea.
4. Cuchillo.
5. Abanos.
6. Isa.

VERTICALES

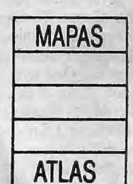
1. Lleno.
2. Oras.
3. Avala.
4. Tábano.
5. Asiles.
6. Ian.



ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

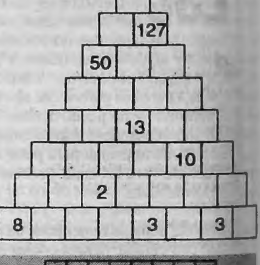
CAVA
…
HOYO



MAPAS
…
ATLAS

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Huesos

1. Martillo — **A.** Brazo
2. Húmero — **B.** Pierna
3. Metatarso — **C.** Oído
4. Tibia — **D.** Pie

Hitchcock

1. "Vértigo" — **A.** Janet Leigh
2. "Marnie" — **B.** Kim Novak
3. "Psicosis" — **C.** Joan Fontaine
4. "La sospecha" — **D.** Tippi Hedren

Banderas

1. México — **A.** Verde, blanco, rojo.
2. Bolivia — **B.** Rojo, amarillo, verde.
3. Venezuela — **C.** Amarillo, azul, rojo.
4. Paraguay — **D.** Rojo, blanco, azul.

Cuerdas

1. Guitarra — **A.** 10
2. Contrabajo — **B.** 12
3. Bandurria — **C.** 4
4. Charango — **D.** 6

Soluciones

¿Anagrama o sinónimo?

PLANA■
L■LOCA
ERATO■
NAVAJA
OSABAN
■O■ASI

Escaleras

A. Cava, capa, copa, copo, hopo, hoyo. B. Mapas, malas, mulas, aulas, atlas.

Pirámides numéricas

231
104 127
50 54 73
27 23 31 42
17 10 13 18 24
12 5 5 8 10 14
9 3 2 3 5 5 9
8 1 2 0 3 2 3 6

Correspondencias

Huesos: 1-C, 2-A, 3-D, 4-B. Banderas: 1-A, 2-B, 3-C, 4-D. Hitchcock: 1-B, 2-D, 3-A, 4-C. Cuerdas: 1-D, 2-C, 3-B, 4-A.